Collioure

FRANCISCO GIL CRAVIOTTO

Hace unos días o acaso un siglo, porque el tiempo vuela y la memoria perdura, paseando río arriba por las orillas del Genil, me encontré el tronco de un chopo caído en el suelo, pero reverdecido, con unos pequeños brotes que la primavera le había regalado. En seguida me acordé del olmo de Machado y de su famoso poema que aprendí cuando era adolescente y aún no he olvidado.

«Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo,
algunas hojas nuevas le han crecido».

Y, casi sin darme cuenta, el chopo y el olmo, me llevaron al viaje que hicimos mi mujer y yo desde París a Collioure en mayo del 68 para rendir homenaje a Antonio Machado, uno de los poetas más importantes de España. Desde Perpiñán a Collioure hicimos el viaje con Antonina Rodrigo y su compañero, Eduardo Pons. En realidad habían sido ellos los que, en cartas anteriores, hablando de Machado, nos habían invitado a visitar esa localidad.

En las guías francesas de turismo aconsejan visitar el pueblecito Collioure, de apenas tres mil habitantes, por dos razones muy importantes: la tranquilidad de sus playas y la belleza de los cuadros que dejaron los pintores Matisse y Derain; pero para nosotros, españoles de los pies a la cabeza, el nombre de este pueblo siempre va unido al de Antonio Machado. El gran poeta había llegado allí, junto con su madre y su hermano José, a finales de enero del año 1939. Todos ellos formaban parte del gran alud de gentes que, tras la caída de Cataluña, ordenada por Hitler y el Caudillo de las Manos Rojas la Navidad de 1938, huían despavoridos de España. Cuentan que, cuando iban llegando a la frontera, la madre del poeta preguntaba con insistencia: Niño, ¿falta mucho para llegar a Sevilla?

Antonio Machado tenía razones muy poderosas para huir del «paraíso» franquista: sabía muy bien que el odio a los intelectuales era una de las señas de identidad de los golpistas –el asesinato de García Lorca era el mejor ejemplo–, y sobre todo porque, desde que comenzó el enfrentamiento entre las dos Españas, algo que él ya había profetizado muchos años atrás, su pluma había tomado posición en favor de la legalidad y la progresía republicana. Incluso algunos años antes, en 1931, recibió a la recién inaugurada II República con estas inolvidables palabras: «Con los primeros lirios de los campos y las últimas flores de los almendros, de manos de la primavera, llegaba la República».

Nosotros, veintinueve años después, mientras en París, obreros y policías se lanzaban piedras y ladrillos, habíamos viajado hasta este pueblecito de los Pirineos orientales para rendirle homenaje al poeta de la España vencida, al escritor que siempre defendió la razón y la cultura frente a la opresión y el odio. Con él y a través de él rendíamos homenaje a la España de la dignidad y la cultura que la guerra fratricida había dispersado por medio mundo.

Visitamos la playa, las inmediaciones del hotel Quintana, donde el día 22 de febrero de aquel terrible año 39 falleció el gran poeta, la calle que ahora lleva su nombre y el cementerio, donde está su tumba y la de su madre. Aquel día memorable alguien se nos había adelantado y había colocado sobre la sepultura un ramo de flores. Las flores eran de tres colores: rojas, amarillas y moradas. Exactamente los mismos colores de la bandera que, desde el hotel Quintana hasta el cementerio, cubría el féretro de Antonio Machado.